

PUBLICIDAD

# Después de la IA

Los procesos de inversión en la IA, concebida monótonamente como nueva solución omnisciente de la crisis irreversible del capitalismo histórico, operan de acuerdo con la lógica férrea de este modo de producción, amenazando con el estallido de la consabida burbuja y entretanto reproduciendo la misma mortífera lógica imperial de este sistema de explotación, acumulación y dominación inhumano y bestial

---



Donald Trump se reúne con los líderes de las grandes empresas tecnológicas en la Casa Blanca para discutir las potencialidades de la IA y su contribución a la hegemonía estadounidense, 5 de septiembre de 2025 - The White House website

Privacidad



**Cédric Durand** X

17/01/26 | 6:00

La valoración bursátil de las empresas relacionadas con la IA se ha decuplicado durante la última década. Como señaló recientemente John Lanchester, todas menos una de las mayores diez empresas del mundo están relacionadas con el valor futuro de la inteligencia artificial. Todas menos una son estadounidenses y conjuntamente su valor equivale a más de la mitad de la economía de Estados Unidos. En los últimos años, la anticipación de la «revolución» de la IA ha impulsado el aumento de la inversión en estas empresas tecnológicas estadounidenses. Las promesas de un avance radical en la inteligencia poshumana y de aumentos milagrosos de la productividad han capturado los espíritus animales de los inversores hasta el punto de que, como dijo Ruchir Sharma (*Financial Times*), «Estados Unidos es ahora una gran apuesta por la IA». La inversión fija en el sector es tan enorme que ha sido el principal motor del crecimiento estadounidense en 2025. El entrenamiento y el funcionamiento de los modelos de

Privacidad

IA requieren una enorme acumulación física de centros de datos, equipos informáticos, sistemas de refrigeración, *hardware* de red, conexiones a la red eléctrica y suministro de energía. Se espera que las empresas tecnológicas gasten la asombrosa cifra de 5 billones de dólares en esta costosa infraestructura, que sigue concentrándose principalmente en Estados Unidos, para satisfacer la demanda prevista entre el momento presente y 2030.

PUBLICIDAD

El problema es que las cuentas no cuadran. Para satisfacer sus colosales necesidades financieras, el sector ha pasado de un modelo dominado por el flujo de caja y la financiación mediante la venta o la emisión de capital a la financiación mediante deuda. En principio, este giro hacia el endeudamiento podría reflejar simplemente las crecientes oportunidades de beneficio y la anticipación de la prosperidad futura. Sin embargo, las operaciones financieras cada vez más exóticas implementadas sugieren lo contrario. Gran parte del entusiasmo reinante se debe a los bucles financieros en los que los proveedores invierten en sus clientes y viceversa. OpenAI es un buen ejemplo de ello. Su principal proveedor de chips, Nvidia, la empresa más valiosa del mundo, está planeando invertir 100 millardos de dólares en OpenAI, financiando así la demanda de sus propios productos. OpenAI, por su parte, gasta casi el doble de lo que gana en la plataforma en la nube Azure de Microsoft, que le proporciona la potencia

informática necesaria para gestionar sus servicios, lo que enriquece a su principal patrocinador mientras acumula deuda.

Se están efectuando innumerables operaciones de financiación creativa. Tomemos como ejemplo los planes de Meta de construir un enorme centro de datos en Luisiana. La instalación, valorada en 30 millardos de dólares, será propiedad de Beignet Investor LLC, una *joint venture* entre Meta y una empresa de capital privado llamada Blue Owl. Sin embargo, ni los clientes de Blue Owl ni Meta proporcionarán el grueso de la financiación, que proviene de un amplio grupo de bonistas. Meta se compromete principalmente a mantener un arrendamiento a largo plazo para utilizar las instalaciones. Como **señala** Alphaville, la sección del *Financial Times*, «esta ingeniosa estructura significa que Beignet se beneficia de la solvencia de Meta, pero esta, por arte de magia, no se ve afectada por la responsabilidad financiera, que supone la garantía de su contrato de arrendamiento a largo plazo».

Aun así, bajo esta ingeniosa ingeniería financiera, la conclusión es que Meta está dispuesta a pagar alrededor del 1 por 100 de su balance de situación para financiar la construcción del centro de datos. Y la razón es que,

contrariamente a lo que se repite a los inversores en bonos, busca protección en el caso de que el futuro prometido de superinteligencia y superabundancia no se materialice. El acuerdo del centro de datos de Meta es sintomático de la coyuntura del mercado, que un analista financiero describió como «la convergencia de una enorme necesidad de capital, emisores no tan dispuestos a asumir el riesgo residual... y pólvora seca», es decir, recursos disponibles de tesorería. En estas circunstancias, la tarea de los banqueros de inversión es convencer a los prestamistas de que asuman riesgos que realmente no comprenden. «Hemos visto esta historia un millón de veces», advierte el analista, sobre todo en el período previo a la crisis financiera de 2008.

***Si es necesario, las grandes tecnológicas siempre pueden fortalecer el argumento prometeico con otro geopolítico, presentando la victoria en la carrera de la IA contra China como un desafío existencial***

## ***para el país y promocionando jugosos contratos militares***

**Si Diario Red puede publicar lo que casi nadie más se atreve, con una línea editorial de izquierdas y todo el rigor periodístico, es gracias al apoyo de nuestros socios y socias.**

**Apoyar ahora**

Si nos fijamos únicamente en los sólidos balances de situación de los principales proveedores de recursos masivos de computación (Amazon, Meta, Microsoft, Alphabet), el auge de la IA puede parecer sostenible. Pero a medida que aparecen grietas en actores más débiles como Oracle y en algunos rincones del negocio del desarrollo de la IA, crece la preocupación de que quizá no haya suficientes beneficios para sostener la tendencia en la totalidad del ecosistema considerado en su conjunto. La fiebre de la IA llega tras años

de auge del mercado bursátil estadounidense y décadas de superciclo del capital ficticio, lo cual trae aparejadas sus propias **fragilidades**. De ahí la creciente preocupación que se detecta bajo el lenguaje burocrático del Bank of International Settlements: «Si la disminución de la inversión en IA viniera acompañada de una corrección significativa del mercado bursátil, las repercusiones negativas podrían ser mayores de lo que sugieren los auges anteriores. Los inversores han preferido las acciones estadounidenses para invertir profusamente en las empresas de IA y el apalancamiento oculto puede tener repercusiones en el mercado crediticio».

Las escasas pruebas aportadas por los estudios de campo sugieren que se producen aumentos significativos de la productividad en tareas como la redacción, la codificación y la asistencia a los clientes en los centros de atención telefónica. Se produce un retraso inicial, ya que las empresas asumen el coste de aprender a utilizar la tecnología, pero con el tiempo, quienes la adoptan obtienen beneficios. Dado que se espera que la tecnología se utilice ampliamente e impulse la innovación y la mejora de modo continuo, incluso en los procesos de investigación y desarrollo, las expectativas de beneficios económicos son elevadas. Si la inteligencia artificial

aumenta la productividad como se promete, los usuarios estarán dispuestos a pagar mucho más por acceder a ella. En opinión de JP Morgan, dada la magnitud del gasto de capital previsto, los proveedores de IA «necesitarían unos ingresos anuales de 650 millardos de dólares a perpetuidad» para obtener una rentabilidad del 10 por 100, lo cual constituye «una cifra asombrosamente elevada». Esa cifra equivale en torno a 35 dólares mensuales devengados por cada uno de los 1500 millones de usuarios activos de iPhone, o al 0,55 por 100 del PIB mundial. Por el momento, los precios se mantienen artificialmente bajos, ya que las empresas de IA ocultan los verdaderos costes económicos para fidelizar a los clientes. Si se materializan las ganancias en eficiencia, no habrá ningún problema; las empresas florecientes tendrán recursos suficientes para pagar la factura. Incluso si se moderan, los inversores en IA podrían seguir saliendo con los bolsillos llenos. En un par de años, cuando la IA se haya infiltrado en los procesos de trabajo hasta el punto de que los costes de salida sean prohibitivos, la base de clientes no podrá escapar y se verá obligada a pagar. El mundo estará enganchado a la IA y las empresas tecnológicas obtendrán cuantiosos beneficios.

Nadie debería dudar de que esta es la estrategia de las grandes tecnológicas y que ni siquiera una cascada de fracasos en el negocio de la IA les hará desviarse de ella. La historia del capitalismo está llena de fases de crisis seguidas de espectaculares momentos de consolidación y las principales empresas tecnológicas podrían incluso beneficiarse de la agitación reinante en el sector. Además, dada la enorme influencia política de los multimillonarios de Silicon Valley sobre el gobierno de Estados Unidos, cabe esperar que luchan con uñas y dientes para conseguir el correspondiente apoyo político y alcanzar sus objetivos. Si es necesario, siempre pueden fortalecer el argumento prometeico con otro geopolítico, presentando la victoria en la carrera de la IA contra China como un desafío existencial para el país y promocionando jugosos contratos militares.

***En resumen, aunque se está produciendo cierta automatización, no hay pruebas de una inminente disrupción protagonizada por la IA capaz de generar los enormes beneficios económicos previstos***

No obstante, se están conjurando fuertes vientos en contra. La adopción de la IA se viralizó tras el lanzamiento de ChatGPT el 30 de noviembre de 2022 y el valor de las empresas se ha disparado. Pero la aceptación de la IA entre las empresas no ha sido tan alta como se esperaba. A pesar del bombo publicitario, el uso de la IA en el trabajo no está aumentando y puede incluso estar **disminuyendo**, afectando únicamente a una pequeña parte de la población activa. Datos recientes indican que el uso de la IA no supone un aumento inmediato de la productividad. En resumen, aunque se está produciendo cierta automatización, no hay pruebas de una inminente disrupción protagonizada por la IA capaz de generar los enormes beneficios económicos previstos.

Como bien saben los críticos radicales y como **argumentan** con contundencia Daron Acemoglu y Simon Johnson, no existe tal cosa como el desarrollo capitalista impulsado por la eficiencia; el aumento de la eficiencia técnica es un resultado macroeconómico, que depende del marco institucional. Las tecnologías potentes pueden resultar poco rentables y no llegar a implantarse, si la estructura del mercado impide a los inversores cosechar los consabidos beneficios; y pueden empobrecer a los trabajadores, si provocan despidos masivos.

En el caso de la IA, el peligro más inmediato parece ser una



productividad» invertida: las ganancias de productividad a corto plazo se ven rápidamente superadas por un deterioro de la calidad del trabajo.

Otro problema es el despilfarro que puede derivarse de la apuesta cuasi religiosa por la IA por parte de las grandes empresas tecnológicas, impulsada por el liderazgo privado en el sector y por la propensión a la euforia de los mercados. El contraste entre los planteamientos estadounidense y chino respecto a la IA es instructivo. Las economías capitalistas se ven afectadas por un profundo problema de coordinación, como ha **destacado** Michael Roberts: «En China existe un plan para alcanzar objetivos clave en el ámbito de la tecnología, cuya consecución impulsará el conjunto de la economía [...], pero en las principales economías capitalistas, todos los huevos de la IA están puestos en la cesta poseída por los principales proveedores privados de misma y de la capacidad de computación masiva necesaria y por las siete grandes

empresas tecnológicas [Alphabet, Amazon, Apple, Meta Platforms, Microsoft, Nvidia, Tesla] y para ellas lo fundamental es la rentabilidad, no los resultados tecnológicos».

Más adelante, si se intensifica la presión financiera sobre el sector, no está claro que el legado material de este intenso periodo de expansión de la IA sea comparable al legado por burbujas precedentes. De hecho, la construcción y las infraestructuras solo representan un pequeño porcentaje del gasto que supone la creación de capacidad para operar centros de datos; casi tres cuartas partes de la inversión consisten en equipos informáticos, en su mayoría chips avanzados (unidades de procesamiento gráfico). A diferencia de los cables de fibra óptica de la era puntocom o de los ferrocarriles del siglo XIX, los chips de IA deben sustituirse con frecuencia a medida que su rendimiento disminuye y la tecnología mejora. Si, debido a preocupaciones sobre la rentabilidad, la inversión se paraliza repentinamente, es muy posible que se produzca una reducción de la disponibilidad de la IA en relación con su abundancia actual. En teoría, si la reducción del gasto de capital superara la reducción de costes derivada de las mejoras en los procesos de IA, el legado del auge de esta no duraría

mucho tiempo y la potencia informática disponible para las consultas de IA ordinarias podría disminuir.

Este problema de obsolescencia tiene implicaciones financieras cruciales. De hecho, los **préstamos** para construir centros de datos «son casi siempre préstamos no amortizables: los pagos no se destinan a reducir el principal de la cantidad adeudada. Por el contrario, se trata de una financiación perpetua para lo que se supone que es un activo perpetuo. Se parte de la premisa de que, al final del plazo del préstamo, normalmente de cinco a siete años, se refinanciará la totalidad de su cuantía». Pero si los chips casi no tienen valor después de cinco años, ¿quién refinanciará un activo, cuyo componente clave se ha depreciado por completo?

***De vuelta a la Tierra, la creciente demanda de energía barata y tierras raras se materializa en un imperialismo a la antigua usanza. La nueva doctrina de seguridad de Estados Unidos deja claro que quiere***

## «un hemisferio [...] que apoye las cadenas de suministro críticas»

Todo ello es una menudencia, si introducimos el factor del estrés ecológico causado por la creciente demanda de terrenos, energía y agua para hacer funcionar los centros de datos, hecho que sitúa toda la fiebre de la IA en una situación insostenible. En ese contexto, la función ideológica de la narrativa de la conquista espacial construida por las grandes tecnológicas es dotar de credibilidad a la fantasía de un futuro totalmente digital. Como explica el Proyecto Suncatcher de Google, «la demanda de computación y de energía para la IA seguirá creciendo» y «en la órbita adecuada, un panel solar puede ser hasta ocho veces más productivo que en la Tierra y producir energía de forma casi continua, lo que reduce la necesidad de baterías», razón por la cual «en el futuro, el espacio puede ser el mejor lugar para ampliar la computación destinada a la IA».

De vuelta a la Tierra, la creciente demanda de energía barata y tierras raras se materializa en un imperialismo a la antigua usanza. La nueva doctrina de seguridad de Estados Unidos deja claro que quiere «un hemisferio [...] que apoye las cadenas

de suministro críticas». La incautación del petróleo venezolano por parte del gobierno de Trump y las reivindicaciones expansionistas sobre Groenlandia para obtener minerales críticos codiciados por los multimillonarios tecnológicos muestran lo serio que es el asunto. Si la IA sigue decepcionando, las aventuras imperialistas podrían intensificarse: la búsqueda digital de ganancias de eficiencia quiméricas sería sustituida por una carrera depredadora para reducir costes en una nueva época de lo que David Harvey denominó con absoluta precisión «acumulación por desposesión».

---

Recomendamos leer Cédric Durand, «[Michel Aglietta](#)», *NLR* 156, «[Paisajes del capital: la economía política de Brett Christophers](#)», *Diario Red/New Left Review* 147 y «[¿Frágil Leviatán? Trump y las Big Tech](#)», *Diario Red*. «[Vivir juntos](#)», «[El retorno viciado de la política industrial](#)» y «[¿Crisis financiera a cámara lenta?](#)», todos ellos publicados en *El Salto*. Wolfgang Streeck, «[¿Cómo terminará el capitalismo?](#)», *NLR* 87, [¿Cómo terminará el capitalismo?](#), (2017), [Comprando tiempo: La crisis pospuesta del capitalismo democrático](#) (2016), «[La coyuntura leída por Wolfgang Streeck](#)», *Diario Red*. Timothy Erik Ström, «[Capital y cibernética](#)», *NLR* 135; y Evgeny Morozov,

«¿Socializad los centros de datos!», *NLR* 91, «¿Socialismo digital?», *NLR* 119, y «Crítica de la razón tecnofeudal», *NLR* 133/134, y *The Santiago Boys*, 2023.

Este texto se ha publicado en *Sidecar*, el blog de la *New Left Review*, revista publicada en Madrid por el Instituto República & Democracia de Podemos y por Traficantes de Sueños.



**ETIQUETAS:** capitalismo, IA, crisis financiera, Donald Trump, Big Techs



# Más en Armas para pensar



**El inicio de la era de la impunidad: Venezuela, Palestina y el fin del derecho internacional**



**El Estado terrorista israelí y las potencias genocidas occidentales siguen desplegando todas las formas de violencia imaginables sobre Gaza**



**Irán, solo queda el pueblo**



**La política de la impunidad de Israel**



[MEDIOS](#) [INTERNACIONAL](#) [CULTURA](#) [OPINIÓN](#) [CANAL RED](#)

[QUIÉNES SOMOS](#) [LEGAL](#) [POLÍTICA DE COOKIES](#) [POLÍTICA DE PRIVACIDAD](#)



